

Peter Moser y Tony Varley (Eds.)

Integration through Subordination: The Politics of Agricultural Modernization in Industrial Europe

Turnhout, Brepols, 2013, 320 páginas

La obra que debemos reseñar constituye el octavo volumen de la colección *Rural History in Europe*, lo que garantiza un alto nivel medio de las aportaciones y una perspectiva comparada a escala como mínimo europea. El volumen tiene su origen en un taller celebrado en Möschberg (Suíza) en 2008 y se abre con dos capítulos, el primero a cargo de los editores («The state and agricultural modernisation in the nineteenth and twentieth centuries in Europe») y el segundo de Niek Koning («The evolution of farm policies: a long-term global perspective»), que conforman las pautas a seguir. Los editores realizan de partida una declaración de intenciones al explicitar que creen todavía válido el concepto de revolución agrícola en la formulación clásica de Paul Bairoch (1989) y sus conocidas tres fases. En este sentido, y dado que se trata de una opción controvertida, hubiese sido conveniente

una referencia a las críticas que la propia noción de revolución agrícola ha sufrido desde los años setenta por autores como R.C. Allen o G. Clark, entre muchos otros. Anton Schuurman («Agricultural policy and the Dutch agricultural institutional matrix during the transition from organized to disorganized capitalism») complementa esta posición con la utilización del término *capitalismo organizado*, que, aunque no los mencione, remite a los autores de la Nueva Historia Social alemana (Wehler, Puhle, Kocka). Schuurman lo aplica en su caso a los Países Bajos para conceptualizar las transformaciones desarrolladas entre la crisis finisecular y principios de los años setenta del siglo XX, cuando se abriría una nueva etapa (*capitalismo desorganizado*) con la aceleración de la globalización, el cuestionamiento del Estado del bienestar, la crisis de sectores industriales tradicionales, etc.

El resto de los autores asumen, implícitamente algunos o explícitamente otros, estos puntos de partida, como Ernst Langthaler para su estudio comparativo del sector agrario inglés y austríaco durante la Segunda Guerra Mundial o Socrates Petmezias, que afirma al inicio de su capítulo («The modernisation of agriculture in Greece (c-1920-1970): variation of a European Mediterranean Model?») que la revolución agrícola pasó por alto Grecia y en general los países mediterráneos y que ese desfase sólo pudo ser cubierto a partir de la segunda postguerra gracias al protagonismo estatal y a la integración vía emigración en los mercados laborales de los países más avanzados.

La tercera fase de la revolución agrícola, que según Bairoch daría inicio tras el final de la Segunda Guerra Mundial, vendría marcada por impresionantes logros productivistas, la disminución drástica de la mano de obra y los animales de tiro, la aplicación masiva de avances científicos, la estandarización (de productos y paisaje) y la profesionalización de la agricultura, tanto en el sentido de concebirla como un oficio como otro cualquiera como de potenciar el papel de las profesiones regladas relacionadas con ella en detrimento de la experiencia práctica del agricultor. Estas transformaciones vendrían acompañadas de un verdadero discurso único que marginalizaría cualquier voz disonante y sólo empezaría a ser puesto en cuestión durante los años ochenta bajo el signo del postmodernismo y el postproductivismo y ante las evidencias de los costes ambientales y de otro tipo que habían acarreado. En las dé-

cadadas posteriores a 1945 se habría producido la subordinación de la agricultura y los agricultores no sólo a la economía industrial, sino también a los valores industriales y urbanos, con la complicidad de las organizaciones agrarias y bajo un alud de inversiones y apoyo en todas sus formas que explicaría la escasa resistencia encontrada. La prosperidad de la postguerra hizo posible esas contrapartidas, primero en el marco nacional y posteriormente de la Política Agraria Común. Aunque no todos los textos se ocupen de este período, los que lo hacen de épocas anteriores dan la impresión de aportar antecedentes, es decir, de localizar indicios de dichas tendencias desde finales del siglo XIX. Se explicaría así el título del volumen «La integración a través de la subordinación», o, dándole la vuelta a la moneda, se podría decir la subordinación a través de la integración, de la que los editores sólo exceptúan parcialmente a la República de Irlanda (p. 32) —de la que por desgracia no se ocupa ningún capítulo—, y a la que se podría añadir probablemente el Portugal salazarista, a tenor de lo afirmado por Dulce Freire y Daniel Lanero en el capítulo que muy acertadamente une su análisis al de la España franquista para concluir que el impulso transformador fue menor en el caso portugués debido a factores como la disponibilidad de mercados coloniales, el poder de veto de la gran propiedad o la menor autonomía de los técnicos en el proceso de toma de decisiones.

El Estado será el impulsor fundamental de estos cambios estructurales y lo hará fundamentalmente por consenso. Muy

acertadamente los editores han reservado espacio para el análisis de un país del otro lado del telón de acero, en concreto Hungría, de la que se ocupa Zsuzsanna Varga y que sirve de contrapunto. De acuerdo a lo expuesto por Varga (en la línea de los estudios recientes sobre la agricultura soviética) lo que queda de manifiesto son los límites de la coerción, puesto que la aplicación rígida y forzosa del modelo estalinista tras la imposición del socialismo da lugar, por una parte, a un descenso de la producción y, por la otra, origina respuestas en la línea de las *armas del débil* de J. C. Scott (1986) que terminan imponiendo a las autoridades húngaras la necesidad de hacer concesiones pragmáticas ante la baja productividad de las granjas estatales y la obligación de importar grano. Aunque los editores no hayan analizado los matices del proceso entre países capitalistas democráticos y dictatoriales, la presentación de estudios de caso permite al lector plantearse los a partir de su contraste. Desde los años setenta, como afirma Niek Koning (p. 77) se alteraría el cuadro descrito, ya que comenzaría a imponerse la idea de que el mercado debe prevalecer sobre el Estado, lo que se tradujo en menor apoyo económico (también por consideraciones medioambientales, la menor preocupación por el abastecimiento y la reducción del peso demográfico y por tanto de la capacidad de negociación del sector).

La principal crítica a este volumen radica en la selección y organización de los capítulos, que tras los dos primeros más globales no parecen responder a ningún criterio geográfico ni cronológico ni secto-

rial, sino estar repartidos al azar. Una opción más coherente hubiese sido la de presentar primero los estudios de caso que analizan los antecedentes de las transformaciones de postguerra. En general éstos transmiten la sensación de una tendencia hacia la extensión de los ámbitos de actuación del Estado desde la crisis finisecular, pero todavía con serias limitaciones derivadas, tanto de la insuficiencia de sus medios como del contrapeso de intereses organizados y de las concepciones imperantes sobre los ámbitos de actuación que le correspondían frente a la sociedad civil y el mercado. Aquí entraría el estudio de Gloria Sanz sobre el control sanitario de los alimentos en España hasta la Gran Guerra, en general insuficiente por recaer en los ayuntamientos y por la primacía del afán recaudatorio sobre las consideraciones de salud pública, o los ya citados de Petmezas sobre Grecia y Langthaler sobre Austria e Inglaterra, donde concluye que con las obvias diferencias en ambos casos la Segunda Guerra Mundial anticipó formas de intervención estatal que serían moneda común en la postguerra y también la intensificación del uso de insumos (fertilizantes y maquinaria, principalmente). También se podrían incluir en este grupo el capítulo de Fritz Georg von Graevenitz sobre el mercado internacional del azúcar durante los años treinta, donde señala que la tendencia hacia su regulación e intervención iniciada a finales del siglo XIX no se interrumpió ni siquiera durante la Depresión, e igualmente el de Jonathan Hardwood sobre la actuación de las estaciones agrícolas alemanas a caballo de los siglos XIX y XX, que se ha-

brían orientado hacia las necesidades reales del campesinado porque tenían una agenda no económica, que era reducir la conflictividad y fomentar la estabilidad social. La ampliación de la esfera de actuación estatal se plasmaría también en asuntos de menor calado, como sería el proceso de abolición del uso de perros en Bélgica para labores de tiro –analizado por Serge Schmitz–, que se inició en el período de entreguerras y que no culminaría hasta 1975, cuando ya se había convertido en un anacronismo.

Entre los capítulos que quedan por mencionar se cuenta el de autoría múltiple sobre los cambios estructurales en la región alpina entre 1950 y 2000, cuyo planteamiento de partida es muy prometedor dado que maneja una impresionante base de datos de todos los países atravesados por el arco alpino. Haciendo un inciso, el carácter comparativo del volumen en su conjunto se logra en parte por yuxtaposición de estudios de ámbito nacional y en parte porque algunos artículos, como los de Langthaler, Freire y Lanero o éste de Ruffini, Treifeneder, Hoffmann y Renner parten de un planteamiento comparativo en sí mismos. Sin embargo, en este caso concreto los resultados son un tanto decepcionantes y previsibles, puesto que tras aportar un enorme caudal de datos estadísticos se argumentan diversos factores explicativos para el declive demográfico y el retroceso de la agricultura de montaña, pero sin jerarquizarlos. La sensación es que se desaprovechan las posibilidades de la comparación.

Finalmente, dos capítulos se ocupan del papel de los técnicos, además del mencio-

nado de Jonathan Hardwood. El primero de ellos, el de Daniel Flückiger, estudia a los ingenieros agrónomos helvéticos en una mirada de largo alcance entre 1871 y 2007 a partir de una documentación exhaustiva proveniente del Instituto Suizo de Tecnología, dependiente del Gobierno federal y único centro formativo agronómico del país. Lo más sorprendente para el lector español, con la referencia por ejemplo de la monografía de Juan Pan-Montojo (2005), es el abrumador predominio entre los ingenieros de hijos de familias campesinas. Este factor, junto al empleo de muchos egresados del Instituto en cooperativas, tuvo como efecto la cercanía entre técnicos y cultivadores, a diferencia de lo que era norma en tantos países (p. 282), de modo que los técnicos fueron percibidos como mediadores entre Estado y agricultores y no como promotores de un proyecto modernizador elaborado e impuesto desde fuera. Por último, Paul Brassley («Changing technologies and output increases in United Kingdom agriculture, 1945-1985») reflexiona sobre la insuficiencia de los precios como factor explicativo del cambio técnico ante el hecho de que la producción agrícola del Reino Unido casi se doblase entre 1946 y 1965, pese a que los precios sólo se incrementaron en términos reales hasta 1955.

La sensación final es la de que el proyecto modernizador, estandarizador y homogeneizador que se impuso a las diferentes agriculturas europeas –y extraeuropeas, pero ése es otro tema– a partir de 1945 en su aplicación práctica sufrió adaptaciones y se desarrolló a ritmos variables en cada es-

tado y región en función de sus peculiaridades medioambientales y socioculturales y del contexto político-institucional. La ingeniería social y los proyectos desde arriba siempre encuentran limitaciones en el traslado al mundo real (Scott, 1998). Con más razón todavía, por sus propias características, en el sector agrario, reino de la diversidad y la imprevisibilidad y nunca del todo reducible a patrones infalibles. Los ensayos reunidos en este volumen son una ilustración de ello y ofrecen múltiples incentivos para su lectura.

Miguel Cabo Villaverde

Universidade de Santiago de Compostela

REFERENCIAS

- BAIROCH, P. (1989). Les trois révolutions agricoles du monde développé: Rendements et productivité de 1800 à 1985. *Annales*, 44 (2), 317-353.
- PAN-MONTOJO, J. (2005). *Apostolado, profesión y tecnología: Una historia de los ingenieros agrónomos en España*. Torrelodones: Blake & Helsey España.
- SCOTT, J.C. (1986). Everyday Forms of Peasant Resistance. *Journal of Peasant Studies*, 13 (2), 5-35.
- SCOTT, J.C. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven: Yale University Press.

José Muzlera

La modernidad tardía en el agro pampeano: Sujetos agrarios y estructura productiva

Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2013, 231 páginas

La presencia de una agricultura familiar capitalizada –homologable en líneas generales al *farmer* norteamericano– ha sido objeto de múltiples indagaciones en los estudios agrarios en Argentina. Un trabajo emblemático en tal sentido es el de Archetti y Stølen (1975). Mientras en las décadas de 1960 y 1970, a la luz de las teorías de la modernización y de la dependencia, en buena parte de América Latina se debatían las tesis campesinistas y descampesinistas, estos autores interrogaron la figura del llamado *chacarero* o *colono*, como se lo conoció en la región pampeana argentina por su origen vinculado a los procesos de colonización de me-

diados/fines del siglo XIX. En su trabajo, Archetti y Stølen analizaron la explotación chacarera, distinguiéndola, por un lado, de la del productor capitalista, en tanto el colono explotaba la fuerza de trabajo familiar, y por otro, de la campesina, dada la capacidad de acumulación que el colono denotaba, visible en la posesión de maquinarias. Se trataba de comprender las condiciones que hacían posible la persistencia de este actor en una de las regiones más fértiles del planeta.

Indudablemente, tal persistencia no puede pensarse por fuera de los modelos de desarrollo agrario vigentes en los distintos momentos históricos. En esa línea, existe